

IX.

INTERPRETACIÓN DE LA ESCRITURA AJENA: LA LECTURA.

Las redacciones enseñan al alumno á transmitir por escrito la expresión de su pensamiento. Pero no se encierra en eso sólo todo el partido que debe sacar de su conocimiento de la lengua gráfica.

Es esta última, como la lengua viva que representa, medio de comunicación entre los hombres; y el interés del que la aprende estriba en servirse de ella para tal comunicación. Ahora bien: el comercio humano mediante la palabra abraza siempre dos funciones, y no una sola: abraza, así la expresión del pensamiento propio como la interpretación de la expresión ajena (cap. II); y cuando la comunicación se establece por escrito, á esas funciones corresponden respectivamente la *redacción* y la *lectura*. Los mismos niños pueden comprobarlo con el ejemplo de la correspondencia epistolar, que, á la manera de la conversación, exige alternativamente ambas funciones, separadas al contrario en los casos restantes—cuando sólo se escribe ó sólo se lee, sin esperar ni dar respuesta.

No sería, pues, completa la enseñanza del idioma, si los alumnos no se ejercitasen en interpretar la expresión escrita del pensamiento ajeno, si no aprendiesen á utilizar su conocimiento de la escritura para acercarse á los espíritus de quienes viven separados por el tiempo ó la distancia, y aumentar en ese comercio su

cultura propia. Y puesto que el libro es la expresión más alta de las producciones escritas, puede formularse esta nueva exigencia, diciendo que hay que enseñar á la infancia á interpretar las páginas de los libros, á sacar fruto de las obras.

Tal debe ser el objeto de la clase de lectura. En el plan de enseñanza del idioma, y en el plan general de educación de que forma parte, no tiene ningún otro. ¿Qué otro había de tener? ¿Ejercitarse en pronunciar *de corrido*, como se dice, las palabras escritas? Evidentemente no. Ese ejercicio sólo sirve para adquirir el hábito de asociar instantáneamente á la imagen de las letras su valor fonético; es decir, para familiarizarse con los caracteres de tal modo, que se reconozca á un solo golpe de vista su correspondencia oral en cualquier combinación que se presenten. Pero el recuerdo de esa correspondencia no es sino parte esencial del conocimiento y uso de la lengua gráfica, y corresponde por consiguiente, á la enseñanza del mecanismo de la escritura, según lo indicado en los capítulos V y VI. La operación mental en que consiste la llamada lectura *mecánica* ó *corriente* no es sino el reverso de la que demanda la escritura, y va forzosamente implícita en ella. Así, lo natural y lo directo es ir de la lengua oral á su representación, de los sonidos á sus signos gráficos, de la palabra viva á su escritura. Descifrar después caracteres escritos por otros no es obra nueva: es devolver á esos caracteres el valor que nosotros mismos les hemos atribuido al trazarlos en multitud de ocasiones, y que hemos necesitado tener presente, por consecuencia, antes de trazarlos.

Si, pues, no se tratase más que de esto, para nada haría falta una clase *especial* de lectura, separada de la clase de escritura. La diferencia donde empieza es cuando se aspira á *interpretar* lo que otros nos comunican sirviéndose de idéntica clave; y empieza ahí por la razón evidente de que, si las letras tienen un valor fijo, inmutable, las palabras que representan pueden tener diversos sentidos, y lo mismo las frases que constituyen; de modo que no basta reconstruir las voces estampadas por el escritor, sino que es menester averiguar *lo que ha querido decir* con esas voces. Y como este problema no lo suscita sólo el hecho de estar escritas las palabras, sino el de haberlas dictado un pensamiento distinto del



nuestro, en cuyas intenciones hay que penetrar, por eso no nace la exigencia de la lectura sino cuando queremos interpretar la expresión gráfica de las ideas, afectos y aspiraciones de otros espíritus. Claro es que á nadie le ocurre esa exigencia para penetrar en las intenciones de lo que él escribe (á no ser que haga años que lo escribió, y que haya olvidado ó modificado profundamente en el ínterin sus ideas de entonces, en cuya hipótesis bien puede acontecer que su antiguo pensamiento sea para él tan extraño como si de ajena mente hubiera salido). Y contra esto nada arguye la importancia que atribuimos al hecho de que un autor sepa leer en público sus obras: 1º porque esa importancia no es naturalmente para que se entere él de lo que ha dicho, sino para que se entere el público; 2º porque entonces no se trata propiamente del arte de leer, sino del arte de la dicción, con el cual no hay para qué identificarlo.

Reducida, por consiguiente, la lectura á su misión privativa, no representa, como antes indicaba, más que una de las dos funciones del comercio espiritual mediante el lenguaje fonético: la interpretación de la expresión ajena; y así, el alumno que lee no hace otra cosa, en último resultado, sino seguir ejercitándose en esa interpretación del uso general del idioma, que viene aprendiendo desde su primera infancia, y con que necesita familiarizarse, si ha de entender á todo el mundo, y hacerse entender él utilizando su ejemplo. No hace más que eso, digo, en último resultado; pero lo hace, cuando lee, muy de otra manera que cuando oye hablar, en condiciones muy distintas; y esa diversidad de condiciones en que trabaja es la que presta su novedad á la lectura, y la que pide, por lo mismo, un ejercicio nuevo para este caso, una clase especial.

La diferencia de condiciones es bien conocida, y ya en parte se ha aludido á ella en el cap. VII, al decir que la lectura es el caso más difícil de interpretación del idioma, porque deja al intérprete sin la mitad de los recursos con que cuenta de ordinario para su obra: sin los recursos de la mímica de sus interlocutores, sobre todo de la fisonomía—que falta por completo—y sin los comentarios vivos y especiales que acompañan siempre á las palabras en la expresión oral—los cuales quedan sustituidos por signos abstractos

y genéricos, que además no se refieren sino á una mínima parte de tales comentarios.—Agréguese á todo que, hablando, nuestros interlocutores no nos dicen las cosas una sola vez, sino mil, y cada una de distinta manera: siempre están repitiendo, insistiendo, aclarando, explicando; y tanto más cuanto más patentemente les revele nuestro semblante la inutilidad de sus esfuerzos, y la necesidad de que los redoblen y busquen bien los resortes de nuestra inteligencia donde deben herir para lograr que marche nuestro pensamiento al unísono del suyo. Y, en fin, á nosotros, si no viene en nuestra ayuda el que habla, nos queda el recurso decisivo de interpelarlo, y de precisarle bien los puntos sobre que nos hace falta explicación, y de instigarlo y hasta hostigarlo con nuestras dudas, y con nuestras exclamaciones de sorpresa, y con nuestras reservas, y con nuestras objeciones y mil contradicciones, á que aguce el ingenio, y afine el discurso, y acere los argumentos, y mida las ideas, y calcule las palabras, y haga, en suma, un esfuerzo supremo capaz de vencer la inercia ó la tenaz oposición de nuestro espíritu.

Apagad de repente vuestra voz, la voz que contradice, que estimula y en caso necesario pide auxilio, y dejad sonar sola, sin interrupciones, la del que antes era vuestro interlocutor. Ha acabado el diálogo; ha empezado el discurso, y os faltan de pronto los raudales de voz inesperada que de cuando en cuando hacía brotar el calor de vuestra intervención del cerebro á que antes enviabais provocaciones ó auxilios. Aún queda mucho, sin embargo: aún quedan las repeticiones y digresiones con que el orador vuelve de continuo sobre sus propias palabras, y los acentos y la mímica con que añade á la significación *general* que pueden tener para todo el mundo lo que él siente y quiere poner en ellas de su propio espíritu en aquel instante. Pero que cese también esa superabundancia de manifestaciones, ora espontáneas, ora reflexivas, de los sentimientos é intenciones que aspira á reflejar en su discurso; que toda esa obra de vida y movimiento se desorganice; que sólo subsistan algunos restos de su descomposición representados en una série de esquemas, y desde entonces nos hallamos nosotros, frente á esos restos mudos que nos conserva la escritura, en situación análoga á la de un naturalista frente á las reliquias



de seres extinguidos: podemos reconstruir el esqueleto de la expresión oral, su estructura léxica y sintáctica, pero no podemos ser testigos de su vida y de todo lo que su vida nos hubiera revelado, sino por un esfuerzo de imaginación, hijo de larga experiencia.

Ese exceso de trabajo reflexivo que pide toda interpretación de testimonios inanimados sobre el que basta para entender las manifestaciones vivas de los seres, es lo que distingue asimismo á la interpretación de la lengua escrita de la interpretación de la lengua oral. Y se comprende bien. Si el que lee no puede pedir ninguna explicación de las páginas del libro más que á ellas mismas, claro es que no podrá obtenerla, cuando la necesite, sino á costa de un redoble de atención á las frases que encierran, con el intento de comentar las unas por las otras, puesto que no dispone de ningún elemento más para el comentario. Y, en general, aun en los pasajes no dudosos, siempre necesita, para seguirlos, un trabajo aparte del que tendría que hacer, si los oyera: el de reconstruir mentalmente las expresiones con los datos suministrados por la escritura, toda vez que no las recibe modeladas de una pieza por la viva voz.

Y en nada desvirtúa la exigencia y la realidad de este trabajo el hecho de que el lector perito no se aperciba de él comúnmente, porque eso no significa sino que, á fuerza de experiencia, ha conseguido realizarlo con la facilidad y prontitud incalculable que en esto, como en todo, da la costumbre; más no que no lo realice. Antes bien, aun con esa habilidad adquirida, lo veremos detenerse en ocasiones delante de ciertos pasajes cuyas palabras no tienen nada de obscuras, sin saber qué pensar de lo que el autor ha querido decir; y todo, porque falta, v. gr., una coma ó un paréntesis, cuya ausencia le ha impedido reconstruir un período en conformidad con las intenciones del escritor: prueba, si alguna hiciese falta, de que la reconstrucción es siempre precisa, y de que él, aunque sin sentirlo, como decimos vulgarmente, la venía haciendo, puesto que, si ha tenido que detenerse un instante, es porque entonces le hafallado. No hay que agregar que un entorpecimiento de ese género hubiese sido imposible, caso de oír el período en labios del autor, porque entonces la coma ó el paréntesis hubiesen sonado en

el lugar oportuno; la pausa y la entonación debidas hubiesen ofrecido el comentario indispensable; el lector, en suma, hubiese recibido construido el período, y no hubiera necesitado, por consiguiente, componerlo él, ni preocuparse de las indicaciones sumarias que, para reconocer y engarzar sus piezas, le da la puntuación.

Pues bien: ese trabajo de síntesis que la persona avezada á lectura realiza instantáneamente, el lector inexperto, sobretudo si es un niño, jamás lo cumple, sin esfuerzo sensible, de que él y todo el mundo puede hacerse cargo perfectamente: sin el esfuerzo inexcusable en quien, estando habituado á interpretar en conjunto las expresiones, tiene que adquirir el hábito inverso de interpretarlas parte por parte, porque se le dan deshechas. Él, merced á una propensión adquirida en el aprendizaje de la lengua oral, salta por las palabras involuntariamente en busca de las frases; y eso, que no tenía nada extraño, cuando recibía construidas las frases, es imposible cuando ha de rehacerlas, porque necesita saber qué voces forman cada una, atento á las asociaciones de ideas que va despertando en él la sucesión de los términos escritos y á los signos que le ayudan á deslindar unas de otras tales asociaciones, en vez de fundirlas en una amalgama inextricable. Y si el niño está expuesto á cada instante á dejar pasar inadvertidas las palabras y á confundir miembros distintos de una expresión compleja, aun en los lugares más sencillos, claro es que con mayor motivo salta la primera dificultad de interpretación con que tropiece, sin ocurrírsele ni remotamente detenerse á cotejar el pasaje obscuro con otros que puedan ilustrarlo. En resumen: cuando se encuentra á solas por primera vez con las páginas de un libro, y no entiende el sentido de una serie de palabras, por claras que sean, no concibe qué pueda hacer él por su parte, para sacar de esas páginas mismas lo que ellas espontáneamente no le han querido descubrir. ¿Quién puede descifrar aquel misterio, no estando allí el autor para desvelarlo? Esa es la única solución posible del problema á los ojos del niño, acostumbrado como se halla hasta entonces á esclarecer sus dudas sobre cualquier expresión oída á una persona, preguntando, naturalmente, á la misma persona lo que ha querido decir. Desde el momento en que no cabe la consulta, el problema para él, no tiene solución.



La clase de lectura debe probarle que la tiene en muchos casos, y enseñarle la manera de encontrarla; debe convencerle de que las páginas del libro, aunque no tan elocuentes como la expresión viva y directa, dicen mucho más de lo que aparece á primera vista; que es posible dirigirles á ellas la consulta que no podemos hacer al autor, y obtener en multitud de ocasiones respuestas satisfactorias; sólo que esa consulta tiene que ser más insistente y detenida, y requiere un arte especial para evacuarla con éxito. Todo esto, repito, ha de aprender, y no simplemente, como ya se supone, por oírlo decir, sino viéndolo y comprobándolo prácticamente bajo la dirección del maestro, es decir, ejercitándose en *hacer* por sí propio todo lo que exige una lectura inteligente y fructuosa.

Pero aquí, como siempre que se trata de obtener un trabajo personal del alumno, hay que ver ante todo en qué condiciones ha de realizarlo, dada la preparación que necesita para hacerlo, so pena de resignarse á que el trabajo no se haga ó se haga sólo en apariencia— que tanto monta, puesto que entonces sería ilusorio el fruto.— Nunca más obligada esta consideración, si más pudiera serlo alguna vez, que llegado el instante de abordar las dificultades superiores de una obra, y las superiores en la enseñanza de la lengua comienzan, si lo dicho vale, el día en que los niños han de interpretar la expresión del pensamiento ajeno sin más dato que su escritura ni más recurso que la propia reflexión: el día en que reciben el primer libro. No avancemos, pues, un paso más sin ver qué libro les damos y en qué circunstancias se lo ofrecemos.

X.

LOS LIBROS DE LECTURA.

Siguiendo la marcha expuesta en capítulos anteriores (1), los alumnos llegarán á familiarizarse con toda la lengua escrita por sólo el análisis fonético de la oral, y antes de entrar, por consiguiente, en los demás análisis que han de ser complemento de esta enseñanza y de toda la del idioma.

En ese punto, es decir, cuando estén en disposición de descifrar corrientemente un manuscrito, nada más natural que hablarles un día de la época en que los autores no disponían aún de otro recurso, para la propagación de sus obras, que la multiplicación de las copias manuscritas. Nada más natural que hacerles advertir la lentitud y las dificultades del procedimiento, y contarles con tal motivo el origen de la gran invención que vino á subsanarlas, de la invención de la imprenta. Nada más útil también que interesarlos en el relato, procurando que se penetren de la inmensa trascendencia que el descubrimiento ha tenido para el progreso de la civilización—como la podrá tener para su propia cultura el uso que ellos hagan del invento en lo sucesivo; aunque no hay para qué hablarles de lo último, ni descubrirles la segunda intención en que se les da entonces aquella lección de historia.—Ese es el secreto del maestro que, como un verdadero artista, cuando pre-

(1) Capítulos V, VI y VII.